

EL ESOTERISMO EN EL LENGUAJE

POR

ANGEL MAESTRO

Vivimos una creciente dificultad en un factor tan decisivo para la comunicación entre los seres humanos cual es el lenguaje. Existe algo semejante a un anhelo de oscuridad en el uso del mismo, algo que irónicamente podría expresarse de esta manera: «ya que no somos profundos, seamos por lo menos oscuros».

El afán esotérico de la utilización del idioma parece que, en efecto, se reservase a una secta o a un grupo de elegidos, desvirtuando de esta forma ese afán universalista de comunicación de una lengua, para servir a todos los miembros de la sociedad, como canal insustituible de expresión de anhelos y deseos.

Una mirada a la sociedad actual, y especialmente a ciertos componentes de la misma, parece que ciertamente asevere lo antes expuesto. Lejos de la universalidad, la reducción a esferas o parcelas sumamente concretas confina el lenguaje en aspectos verdaderamente esotéricos, aptos solamente para iniciados.

Siempre, en todas las épocas desde que hay constancia escrita, grupos particulares de la sociedad han recurrido a formas especiales del lenguaje para comunicarse entre ellos, y así formar grupos de iniciados que entre sí se entendiesen. Esto ha sido normal, e incluso entre capas de una población no precisamente elitista, sino pertenecientes a productores manuales, o sea, incluso entre capas inequívocamente del proletariado pertenecientes a diversos oficios, en los que por su nivel cultural no les ha interesado o no han podido dejar constancia escrita; pero sí es un hecho innegable que su lenguaje se acomodaba a aspectos muy particulares de su profesión.

Movido por una afán de investigación sociológico, he podido observar que, en actos totalmente recreativos, fuera de obligaciones laborales de ningún tipo, pero en los que conviven personas del mismo oficio, bien sea a la salida del trabajo o en ocasión de acontecimientos familiares que los reúnen, inevitablemente sale a relucir la jerga profesional para comentar cualquier acontecimiento por muy ajeno que sea a la misma. Este es un hecho totalmente normal.

Asimismo, entre clases de nivel social y cultural más elevado se reflejan situaciones idénticas en el comportamiento, y da igual que se trate de reuniones sociales de matemáticos, de militares, de inspectores de finanzas, o de ingenieros de cualquier clase. Hasta aquí también sigue siendo normal.

Es cierto que algunos miembros de determinadas profesiones, abstrayéndose en las mismas, utilizan al hablar con personas ajenas a ellos una jerigonza repleta de términos profesionales. Ejemplo: ciertos médicos, abogados y economistas.

Cualquiera recordará conversaciones mantenidas con médicos en que éstos emplean con el paciente una terminología totalmente fuera de sus alcances y llena de conceptos y palabras técnicas que éste, el paciente, no tiene por qué entender y que le dejan la mayor parte de las veces ayuno en lo que le interesa. Claro que el enfermo podría responderles si fuese físico o filósofo, en lenguaje similar, pero en su especialidad, y el diálogo de sordos sería entonces un hecho cierto.

También es frecuente el caso de abogados que utilizan en su conversación con personas sencillas, al explicarles cualquier tema, palabras que para ellos son normales —y si la pedantería es muy grande, salpicadas de latinismos que en la mayoría de los casos se reduce al conocimiento de esas únicas palabras, pero que generalmente no denotan que hayan estudiado a Cicerón o a Virgilio—, pero que son palabras que para ese cliente sencillo son a menudo ininteligibles.

Otro ejemplo que podemos traer a colación es el de algunos economistas que practican un lenguaje reservado a una casta, pero que al emplearlo dirigido a la gente en general, resulta

completamente esotérico; y ejemplos tengo para mí, que no viene al caso citar, de los que llegan incluso a sacar fórmulas matemáticas, que quieren aportar a modo de prueba más contundente de su argumentación. Sin llegar a esto último, cierto es que algunos economistas hacen uso desmedido de su tecnicismo que de esa forma los limita y que les hace caer en algo que ya está rebasado y es el economista técnico, frente a la necesidad del economista social que se integra en la sociedad, que estudia y conoce sus problemas y no vive ajeno a la misma en su torre de marfil.

Bien sean los profesionales que fuese, y que quede claro que sólo alguno de sus miembros, pues podrían citarse numerosos ejemplos de médicos, abogados, economistas, ingenieros, etcétera, que utilizan sólo el lenguaje profesional en las relaciones con sus colegas, los que se encierran en sí mismos con el uso de su jerga denotan estrechez de miras, falta de universalidad y tendencia a revelar cierto egocentrismo que les permite ser, por la utilización excesiva de sus arcanos, protagonistas indiscutibles, al no estar el interlocutor al corriente de su especialidad.

El lenguaje esotérico que cada profesión lleva en sí no es un hecho antinatural, aunque sí parte de un afán elitista cual hemos visto. Las revistas especializadas son un buen canal de comunicación entre los afines de determinada profesión o afición, bien sea desde una revista taurina a una para aficionados al ferrocarril, o desde una dedicada a temas ornitológicos, o a la investigación sobre civilizaciones desaparecidas o a hablar de los problemas del reaseguro. Son publicaciones especializadas y, por tanto, dedicadas a iniciados o a personas que quieren cultivar esa especialidad.

Más lo verdaderamente revolucionario y que cambia esas situaciones en un giro de 180° es el hecho de que el esoterismo no se limite a unos individuos o a unas profesiones tal como venía sucediendo. Lo revolucionario, el giro radical, se produce cuando medios de comunicación que en nuestra época han alcanzado una hegemonía casi total sobre la masa no pensante —y digo masa en el sentido de multitud, no en la acepción

marxista de la palabra—. Incluyo en ella a individuos pertenecientes a las profesiones más elitistas, y a personas con un considerable poder adquisitivo, pero que son masa en el sentido de no buscar la cultura por sí solas, sino a través del gigantesco lavado de cerebro de la sociedad consumista que les impone sus gustos y preferencias.

Esos medios informativos son pródigos en conceptos esotéricos, generalmente en conceptos expresados por personas de bajo nivel cultural, pero que ahondan en los mismos como concepto diferenciador de su originalidad. Otro de los males de nuestra época —en el fondo un servidor del gran mal, la utopía—, el afán de originalidad a toda costa y al precio que cueste. Todo ello genera un lenguaje peculiar, impregnado de esoterismo que conduce de forma cierta a la incomunicación contra lo que dicen luchar. Esas particularidades del lenguaje conducen a todo lo contrario de la universalización del mismo, y es a la «especialización» por capas y sectores que se inundan y se recrean en su propia jerga, aislándolos del resto de la sociedad y creando verdaderos «ghetos» culturales, sí, así, culturales, pudiérase llamarlos.

Se produce entonces el fenómeno de que al introducir los factores esotéricos en el lenguaje normal, en el idioma escrito y hablado a diario, se produce la disgregación de ese idioma común a una sociedad, para caer en las particularizaciones, y esa sociedad tiende a aislarse en diversos componentes en razón de la jerga por ellos utilizada.

El lenguaje pretendidamente joven.

Por un lado tenemos esa horripsona jergonza utilizada por gran parte de la juventud, con independencia de la clase social a que pertenezcan, y que sí se utilizó en un principio por los sectores más marginados; luego lo fue por los de las clases trabajadoras y, posteriormente, por ese afán imitativo, por tantos «señoritos», que se ven obligados a repetir esos términos en su

lenguaje habitual de forma evidentemente forzada y que motiva en sus primeros practicantes, esos sectores marginados, a buscar nuevas fórmulas que puedan diferenciarles de sus imitadores y de este modo ser comprendidos por los iniciados únicamente.

Así vemos que resulta difícilísimo seguir las evoluciones de ese lenguaje y penetrar en su sentido inequívocamente esotérico, pues es sumamente cambiante, y modismos que hoy son utilizados frecuentemente, mañana pueden pasar, como ocurre, al desván del olvido.

Hubo situaciones pretéritas en España, tales como el lenguaje de Arniches, que era después popularizado por esos tipos a los que él describía en sus comedias; vemos hoy en día que en cualquier breve comunicación, preferentemente la radio y la televisión o en las películas cuyo argumento se desarrolla en nuestra época, dicho lenguaje es estimulado por los guionistas. Y no me refiero al uso desmedido de palabras soeces, sin las cuales no hay obra moderna que se precie, sino la terminología pretendidamente popular y que al oír la el espectador, en un círculo vicioso, siéntese obligado a repetirla, pues es lo que entra por los oídos, y como generalmente sus afanes culturales no suelen ser muy grandes, se guía por lo que ve y oye en esos grandes medios.

Diríase de la obligatoriedad de un decreto, además de cumplimiento inflexible, que obliga a gran parte de la juventud a hablar con tópicos, pero con tópicos que, aunque parezcan contradictorios, son evidentemente esotéricos. Destinados a configurar esa nueva raza superior, la juventud, por el hecho simple de serlo, a la que halaga desafortadamente y que al constituirse en casta aparte ha de practicar su propio lenguaje, apto sólo para los iniciados. Rasgos indudables de un esoterismo lingüístico.

Claro que por ese espíritu mimético propio de la sociedad española, decadente en tantos aspectos, ha de copiarse forzosamente a los que utilizan tal modo de expresión, pues de otra manera se correría el riesgo fatal de no estar a la moda, muy posiblemente uno de los peores pecados de la sociedad moderna y que difícilmente se perdona.

Así ocurre que el lenguaje, aunque quiere ser esotérico, no lo consigue del todo, y al ser tantos los iniciados, no hay secreto que pueda resistir mucho tiempo. Salta entonces de esos jóvenes a los que ya no lo son tanto, y resulta sencillamente grotesco ver a personas ataviadas con indumentarias ridículas para su años, copiar también en ese afán de estar a la moda la terminología del lenguaje, y oír esas vulgares jerigonzas en su labios. Escuchar a persona de 50 y 60 años, los dichos de ser un «carroza» o el horrible e inevitable «¡tío!» que por espíritu mimético emplean a cada paso, resulta cuando menos grotesco.

Frente a los calificativos tópicos que se quieren aplicar a la juventud: «anticonformista», «enemiga de los tópicos», «rompedora de viejos moldes»... se cae en la utilización de ese lenguaje que quiere ser peculiar en algo contra lo que teóricamente combate, y es en la alienación total de la misma. Se encierra en un mundo creado para sí, pero separado del real. Rompe la comunicación con otras capas al ser antinatural y no responde, salvo en sectores muy concretos, a una necesidad, sino a un afán de modismo —se ve obligado a soltar la retahíla interrumpida y en el plazo más breve posible— de sus frases hechas y de sus tópicos. Constituye una nueva forma de droga que la aísla del mundo exterior y que le hace vivir su propia realidad para él creada. Constituye, al fin, un factor diferenciador, casi comparable al del idioma o al de otras costumbres.

El lenguaje de los dirigentes.

Hasta aquí uno de los aspectos del esoterismo, el lenguaje popular juvenil, pero pasemos a otro aspecto peculiar y de importancia destacada por su influencia en la vida común. Se trata de la oscuridad intencionada que revela la comunicación de los políticos, de los grandes dirigentes económicos, de los medios informativos, que bajo pretexto de servicio al pueblo —¿quién se atreve a negar que cualquiera de las acciones de todos estos organismos dominantes en la sociedad no se mueven sino por

amor al pueblo?— se alejan cada vez más de ese pueblo, con el lenguaje apto para un grupo reducido de iniciados tan sólo.

Saldría del fin propuesto en este trabajo el hacer una referencia breve tan siquiera al aspecto gramatical donde la colección de barbarismos es de tales dimensiones que unos pocos años han creado más de éstos que antaño en siglos.

La jerga o jerigonza utilizada con profusión por los hombres públicos y por tantos medios informativos ha creado el uso común —entre ellos sólo naturalmente pues es lenguaje para iniciados en sus arcanos y no para la gente normal— de una terminología extraña en la que muchas veces no se sabe si se utiliza para ocultar el fraude que en ella se esconde, o se ha creado ya hábito que reflejaría la adaptación de sus mentes a esa extraña pero asaz peculiar forma de ocultismo.

Oímos y leemos con frecuencia ejemplos de esa rara y absurda jerga cual: «dinamizemos la reforma política», «estructuremos la sociedad», «optimizaremos los resultados», «la última ruptura de la periferia», «implementemos la infraestructura», «responder a la demanda», «espacios con poder generador», «potenciar una regulación autónoma», «reflexiones propositivas», «intercambio modal», «los mayores polarizadores», «el aparato conceptual», «los elementos de diagnóstico global», «amortización del tiempo de acceso», «alimentador de otros medios», «importancia lúdica del sistema interzonal», «relación que no puede cubrirse de modo integrado». Así podríamos seguir hasta que la paranoia se apoderase de nuestras mentes. Todo ese conjunto de jerigonza es válido para lo que sea. ¡Qué más da que se trate del Congreso de los Diputados, de la reconversión naval, de la caída de valores en la Bolsa o del Plan General de Ordenación Urbana! Vale para todo, y así la confusión más atroz, el desvirtuar el primitivo sentido de las palabras se convierte en los usos más frecuentes y a la vez más aberrantes.

Se crea esa nueva forma de hablar, apta sólo para un grupo muy reducido socialmente. En general, sus adeptos pertenecen a lo que se ha dado en llamar ejecutivos —producto característico de la sociedad consumista—. Si el género humano existe dentro de

3.000 años, los investigadores que estudiarán nuestra sociedad, al igual que los egiptólogos encontraron figuras de divinidades o de escenas propias de su época cual los guerreros o sacerdotes, los nuevos egiptólogos encontrarían al ejecutivo. Propulsor incansable de esos atroces modismos, y de la misma forma que visten de acuerdo a la moda, piensan, hablan, juegan, sienten... cual máquinas programadas para ese lenguaje esotérico nuevo y que les distingue y aísla del resto de la sociedad.

Hablan del «sotwahrd» y del «hadware», sin comprender lo que una vez más se repite en la historia, en donde los últimos logros de la mecánica —en este caso la informática— que lo que hoy causa asombro originará la risa de nuestros nietos. Destino inflexible que alcanza a todas las realizaciones mecánicas y al que sólo escapan las obras del espíritu.

También en la jerigonza actual —pero esto es propio de los comentaristas de los periódicos y en las revistas de moda, generalmente de información destinada a satisfacer a ese público peculiar— se utiliza cada vez con más frecuencia algo que pretende ser ingenioso. Es el uso de frases en inglés que como papagayos necios recitan tantos comentaristas de uno u otro sexo. Así, vemos que al acabar una frase ponen en sentido pretendidamente ingenioso: «of course» «thank you» o mezcladas con español, al decir: «iba fulano de tal con su love de verano». Esto se repite hasta la saciedad con esa falta de originalidad que caracteriza al tópico.

Dejando a un lado la colonización cultural encubierta que ello significa, asoma una vez más la torpeza, la ausencia de originalidad, ya que ahí reside la evidente contradicción entre los que quieren ser originales a ultranza, y no son sino esclavos del tópico.

Todo ello, aún más acusado que en el pretendido lenguaje popular juvenil antes citado, contribuye a un creciente aislamiento de la sociedad en sectores bien diferenciados, pues ni el intelectual, ni el hombre culto, ni el erudito se identifican con ese ejecutivo de lenguaje peculiar, pero tampoco el pueblo en su más amplia acepción: los trabajadores, campesinos, peque-

ños comerciantes, empleados administrativos, etc., tampoco se integran en la jerga, y así un reducido grupo social, pero con la enorme caja de resonancia de los medios informativos, usa y abusa de esa lengua extraña e incomprensible.

El hombre normal al hablar de los intereses bancarios dice: «me han subido el interés un 2 por ciento» pero el esotérico comenta: «la tasa de interés creció dos puntos por encima». El hombre normal dice: «hacen falta mejores transportes». El esotérico comenta: «la amortización del tiempo de acceso exige una organización jerarquizada de los canales de comunicación».

El lenguaje se ha vuelto ininteligible para capas cada vez mayores de la población. A su vez, con ese afán intrínseco de complicación y sobre todo de oscuridad, el que quiere destacar en este campo se ve obligado a utilizar más barbarismos que su oponente. Su jerigonza ha de ser más y más oscura, únicamente apta para los iniciados que estén completamente al día, y así ha de emplear los últimos, los ultimísimos modismos para que le noten que se encuentra en la élite de los elegidos. Ya no le basta jugar a «squash» —no digamos tenis, eso ya está anticuadísimo—, ha de jugar —siempre sin artículo, eso sí, eso es condición imprescindible— a «wall contact».

Al igual que el joven en su lenguaje pretendidamente popular necesita inexorablemente utilizar por corta que sea una frase el mayor número posible de veces y obligatoriamente: «tío», «colega», «porro», etc., el otro esotérico —de otra secta distinta desde luego— emplea al máximo: «optimizar resultados», «dinámica coyuntural», «reforma de estructuras» o «marcado interés funcional». Si es artista hablará de «taller de teatro», «taller de pintura», etc.

El político-tipo, como generalmente —en la etapa UCD desde luego como ejemplo de ignorancia— procede de los mismos medios utiliza con muy pequeñas variantes el lenguaje similar. Si es del área económica entonces el lenguaje es idéntico, pero con muy pocas reformas para el político en general vale lo expuesto. Si acaso debe decir en su lengua de arcano «adecuemos las necesidades reales del país», «existen disfuncionalidades for-

males que nos proponemos corregir», «debemos discernir para encontrar las coordenadas históricas de convivencia». Si, sus pequeñas modificaciones son válidas, su subsecta puede entenderse dentro del esoterismo general.

Todas esas aberraciones han conducido no a la sociedad igualitaria que algunos utópicos creían ver en nuestra época, sino que han puesto de manifiesto una vez más que la desigualdad es un hecho consustancial al género humano. Pero resulta significativo que muchos defensores de su utopismo sean los que hayan contribuido más a la falta de comunicación entre sectores de nuestra sociedad, al aislamiento en «ghetos» generalmente elitistas, no por la categoría intelectual de sus componentes, normalmente muy mediocre y atenta sólo al tópico, sino elitistas porque son en su mayoría propietarios de un alto nivel y calidad de vida muy superior al del intelectual y al del pueblo en general.

Ideogramas, siglas y anagramas.

Resulta sumamente significativo un fenómeno que está adquiriendo cada vez más importancia dentro de la sociedad actual. Se trata del uso creciente de los ideogramas. Lo que parecía una característica básica de la lengua china —con sus limitaciones que puede que hayan sido una de las causas del estancamiento de esa admirable y refinada civilización entre los siglos XII y XIV en relación con el posterior desarrollo occidental— toma un uso cada vez mayor en la civilización occidental.

De modo semejante a la evolución china, los primeros siglos han sido sólo pictogramas que indican de un modo simple representación de objetos. Así vemos en dos aspectos tan diferentes la proliferación de pictogramas en la vida actual: los retretes públicos de cualquier establecimiento en vez de llevar escrito en su entrada la distinción de los mismos, desde que existen tales servicios en el último tercio del siglo XIX, en señoras y caballeros cual ha sido lo habitual hasta hace poco,

fijémonos y veremos que de modo casi indefectible —aun a pesar de la rusticidad del lugar donde se encuentren— figurará un pictograma, cada vez más complicado, que indica que se trata del lugar para hombres o mujeres.

Otro ejemplo: en cualquier automóvil moderno, los pictogramas indican las variadas funciones de los instrumentos del mismo, exhibiendo sus pictogramas para el funcionamiento de la ventilación interior, de las luces antiniebla, del limpiaparabrisas o de la luneta térmica. Pero, en un proceso que podría ser similar al de los antiguos chinos de la época Shang (1.500 a. de C.), la necesidad obligó a pasar del pictograma a una fase superior que era el ideograma. El pictograma asegura una imagen generalmente clara y sin problemas para las personas sencillas, pero para expresar ideas era necesario recurrir al ideograma, combinando los primeros para formar estos últimos. Así vemos que nuestra civilización pasa sin reflexionar en ello de uno a otro. Ejemplos tenemos en las señales que indican: prohibido encender fuego, combinando un cigarrillo con la señal de prohibición, o un acceso especial para inválidos donde vemos un camino muy esquemático con una silla de ruedas y un muñeco en ella que semeja un hombre.

¿Cuál será la causa de que la civilización occidental esté descubriendo los pictogramas y el paso posterior a ideogramas y fonogramas después de tantos siglos? Posiblemente el ansia de comunicación, traspasando la barrera de los idiomas nacionales sobre todo para gente sencilla y no de mucha cultura. Mas la verdad es que la complicación de tantos pictogramas a veces distrae de su real propósito y, precisamente, a esas personas no muy cultas se les convierte en algo mucho más complicado que si estuviese escrito en caracteres normales.

Pero frente a la aparente simplicidad de los ideogramas y pictogramas, tenemos otra obsesión distinta de nuestro lenguaje: los anagramas. Es tal la proliferación de siglas que convierte en algo apto sólo para iniciados la búsqueda del significado de las mismas. Nadie se libra de ello y por referirnos sólo a España, tenemos grandes empresas industriales, bancos, organismos

del Estado, departamentos militares, organizaciones comerciales, centros de estudios... todos utilizan las siglas con profusión y, a su vez, los departamentos especializados de esos mismos centros se subdividen en otro montón aún más prolijo de siglas. Si acaso con el uso de un radical que es la idea original —de nuevo la vuelta al orientalismo en este caso los fonogramas—, pero con ese uso desmedido de las siglas, la mayor parte de las veces ignoradas por la gente, y aun por los de cultura superior, se cae de nuevo en el esoterismo apto sólo para iniciados, y observamos cómo grandes dirigentes políticos, empresariales o laborales al ser interrogados por representantes de los medios informativos —de forma que parece que asistiésemos a la reunión de una secta con palabras cabalísticas aptas sólo para iniciados— responden que «no están dispuestos a pasar dos puntos por encima del AMI», o «estamos de acuerdo en las ventajas mutuas del AES».

Ignoran que el significado de estas siglas efímeras —el año que viene serán reemplazadas por otras tan efímeras como ellas— de Acuerdo Marco Interconfederal o de Acuerdo Económico Social, buen ejemplo de esoterismo desde luego, lo conoce sólo él, el periodista que pregunta y los técnicos laborales de sus organizaciones. Claro que a esta misma suficiencia de decir algo del AMI o del AES, se les podría responder hablándoles de la contingencia del ente finito.

Y donde se alcanza el paroxismo de la búsqueda de lo nuevo por lo nuevo, es algo que muy particularmente en España reviste caracteres evidentemente psiquiátricos. Se trata del uso, más bien de la búsqueda desesperada del logotipo. Todo ejecutivo que se precie —de ser hombre masa naturalmente— ha de decir invariablemente al hacerse cargo de una empresa bien sea estatal o privada: «¡Hay que cambiar el logotipo!». Esto es tan indefectible como la llegada del verano o el otoño.

De esta forma observamos que anagramas o logotipos identificados durante años y años por una entidad son sustituidos por otros de una vida sumamente efímera, tan efímera que se limitará sólo al período de mando de ese ejecutivo, pues al hacerse

cargo su sucesor dentro de esa ley inmutable dirá: «¡Hay que cambiar el logotipo!».

Quieren ser más innovadores que nadie, y con ese desprecio al pasado propio del español, pues contra la opinión por ahí extendida no hay pueblo al que le importe menos su tradición, sus costumbres o pasado que al español, considera que lo importante es cambiar, cambiar como sea, el cambio por el cambio. Y resulta también que al cambiar sus anagramas lleva implícita su natural soberbia. Ejemplo, la empresa automovilística SEAT ha cambiado en 20 años 4 veces el anagrama de la marca, y otras con una tradición de medio siglo como la Tabacalera o la Campsa se ven obligadas a sustituir con urgencia su imagen de marca. Podríamos citar numerosos casos como la EMT madrileña, la Renfe, los bancos, etc., todas han de cambiar el logotipo.

Resulta soberbio cuando entidades de mucha mayor importancia a escala mundial, y posiblemente con sus equipos de diseño más perfeccionados que la FORD, siguen con su letra redondilla clásica desde principios de siglo, o BMW con los colores azul y blanco de la bandera de Baviera, o Mercedes Benz con su estrella característica. Si hubiesen sido españoles el obligao cambio de diseño e imagen cada pocos años haría casi irreconocibles los nuevos distintivos de la marca, con lo que ni comercialmente siquiera tienen justificación. Una vez más el tópico unido a la soberbia y el desconocimiento.

Conclusión.

Hemos visto que el esoterismo en el lenguaje es un hecho bien cierto. Bien sea el lenguaje o mejor infralengua denominada —¿por cuánto tiempo?— «cheli», bien sea el utilizado por ejecutivos, políticos o medios de comunicación. Todos con su acción distinta, pero a la vez combinada sin saberlo, ejercen una influencia en sus sectores que contribuye de forma decisiva a la incomunicación frecuente de los distintos estadios de la sociedad.

Nunca como ahora y además fomentada por una agresividad consumista, pues so pretexto de modernidad, de libertad e independencia, nunca ha habido cual en esta época la manipulación completa de parte de la juventud, alienada sin que ella tenga conciencia de serlo, sino al contrario creyéndose más libre que nunca.

Nunca ha existido esa verdadera barrera generacional de la que tanto se habla pero el lenguaje esotérico contribuye de forma muy sustancial a la misma. También la barrera social se impone separando cada vez más a los estratos de la sociedad, pues al igual que la «Culta latiniperla» que satirizaba Quevedo, el lenguaje esotérico de políticos y directivos —con la incomparable fuerza de los medios de esta época— aísla y margina a sectores cada vez más amplios, y a los que resulta verdaderamente casi imposible comprender ese idioma apto sólo para iniciados.

El aislamiento, de vez en vez más acentuado, de sectores que se ignoran y se desconocen, y que además están crecientemente incapacitados para comprenderse, puede conducir a fracturas irreparables y, ciertamente, a que la negra noche de la ignorancia se asiente pesadamente sobre esta sociedad. Solo el tópicos y la utopía reinarán, más todavía de lo que vienen haciendo. Sólo con el coraje y con el afán de romper esa capa de convencionalismos, de destruir la utopía y el tópico, de reducirlos a sus justos medios podrá existir una sociedad libre, y en el caso concreto del lenguaje hacer que éste constituya una verdadera comunicación que rompa la barrera de confusión e ignorancia que nos rodea.